

UNIVERSIDAD DE P. R.
DEPARTAMENTO DE DRAMA

EDIPO REY

de
Sófocles

P E R S O N A J E S

EDIPO, rey de Tebas	SUPPLICANTES de ambos sexos dirigidos por
YOCASTA, su esposa, viuda del rey Layo	UN SACERDOTE
CREONTE, hermano de Yocasta	CORO, de ANCIANOS TEBANOS, y un
TIRESIAS, anciano adivino, ciego	CORIFEO
MENSAJERO de Corinto	DOS NIÑAS, hijas del rey Edipo y Yocasta
UN PAJE DE palacio	CRIADOS
UN PASTOR, antiguo criado del rey Layo	DONCELLAS

ESCENA

Frente al gran palacio de los reyes de Tebas. Cerca de la puerta central se ve un altar dedicado a Apolo. Otros dos pequeños altares junto a cada una de las otras dos puertas laterales.

Rodeando los altares están los suplicantes - mujeres, ancianos y niños - vestidos de negro y ceñidas las cabelleras con cintas blancas. Han colocado sobre los altares las ramas de olivo coronadas de blanca lana que traían en sus manos. Únicamente el sacerdote está de pie, vuelto, en actitud suplicante, hacia el altar de Apolo.

La puerta central del palacio se abre y aparece EDIPO vestido regimiento y acompañado de dos criados. Mira a su alrededor y comienza la representación.

PROLOGO

EDIPO..... Hijos míos, vástagos nuevos del antiguo Cadmo, ¿qué significa ese humilde abatimiento, y qué este grupo y esos ramos suplicantes, en tanto que la ciudad está llena de timiomas, y con ellas, de cantos y de lamentos? No me ha parecido justo, hijos míos, averiguarlo por mensajeros y he querido ser yo mismo quien viniera a preguntároslo; yo, a quien todos llaman Edipo, el famoso.

Y pues tú eres el llamado a hablar en nombre de todos, dime, anciano, ¿qué es lo que así os tiene postrados? ¿El temor? ¿algún deseo? Con todo mi corazón he de ayudaros, que insensible había de ser para no llegar a conmovirme con este espectáculo.

SACERDOTE.. Oh, rey de nuestra patria, Edipo!, ya ves la edad de los que aquí nos hemos acogido a tus altares, los unos, no pueden aún alzar el vuelo; los otros, sacerdotes de numerosos años; y yo lo soy de Zeus; ésta es la flor de tus jóvenes; el resto de tu pueblo está en el ágora, en torno a los altares o ante los dos templos consagrados a Palas, o junto a las cenizas adivinatorias de Ismeno.

La ciudad, como tú lo estás viendo, sufre horrible tormenta, y no puede sacar la cabeza de entre este sangriento oleaje. Los frutos de la tierra se pudren en sus tallos, se mueren los ganados que pacen en sus praderas, y asimismo los niños, sin que pueda evi-

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PP

SACERDOTE (cont) tarlo el dolor de sus madres. Y sobre todo esto, un dios de fuego armado ha embestido a la ciudad y la acosa con una peste asoladora que va dejando vacía lamansión de Cadmo y llena, con nuestros lamentos y gemidos, las negruras del infierno.

Ni yo ni éstos tus hijos, pretendemos, al venir a tí, igualarte a los dioses; pero entre todos los hombres vemos en tí al más profundo conocedor de la mudable fortuna y de los destinos de los dioses. Porque al venir tú a esta ciudad de Cadmo supiste librar-nos del terrible tributo que a la esfinge pagábamos; y no por información nuestra, sino por la asistencia de algún dios que te ayudó a salvar nuestras vidas del naufragio.

Pues bien, ahora, amado Edipo!, a quien todos aclaman poderoso, a tí acudimos igualmente todos, suplicantes. Búscanos algún remedio - ya te lo dicten voces de dioses o te lo inspire algún mortal - pues yo sé que a los hombres de experiencia es a quienes el éxito confirma los consejos.

Ea , pues, tú, el más piadoso de lls hombres!, salva a tu patria, ea, mira que recordando antiguos favores, a tí, esta ciudad llama salvador. Que jamás se diga que al principio de tu reinado nos pusiste a flote y luego nos hundimos nuevamente. Restablece a tu patria sobre terreno firme.

Con felices auspicios nos salvaste anteriormente, muéstrate ahora el de antes. Porque si has de ser rey deeste país, como ahora eres, bueno es ser rey de hombres, malo de tierra estéril. Nada es la torre, nada es la nave, sin hombres dentro que la animan.

EDIPO Sabidos, hijos míos desgraciados, demasiado sabidos tengo los males que habéis venido a relatarme. Y aunque yo bien sé que muchos estáis sufriendo cada uno con vuestras penas, no hay entre vosotros uno solo que sufra tanto como yo sufro. En vuestros corazones, cada uno, anidáis el dolor vuestro que os invade; no así mi alma, que está sufriendo juntos todos los males vuestros y todos los males míos.

No venís, pues, a despertar a un dormido; tened por cierto que llevo derramadas muchas lágrimas, y que, en mis cavilaciones y desconcierto, llevo intentados ya muchos caminos.

Uno sólo he hallado, tras meditarlo mucho, y lo he puesto en práctica; a mi cuñado Creonte, hijo de Meneceo, he mandado al templo de Febo Pítico, para preguntar qué puedo yo hacer o qué aconsejar para ayudarnos. Y, por cierto, que al hacer el cómputo de los días transcurridos me da cuidado qué le puede haber ocurrido; lleva ya mucho tiempo, mucho más del prudente, ausente de nosotros. En fin, en cuanto llegue he de cumplir al punto lo que el dios ordenare; si así no lo hago tenedme por malvado.

SACERDOTE.. Coincidencia única! Mientras tú estás hablando, están éstos señalando a Creonte que viene hacia nosotros.

EDIPO..... Oh, rey Apolo! En buena hora llegue, tan buena como son las noticias que brillan en su rostro.

SACERDOTE.. Muy gratas, ciertamente, a juzgar por su aspecto; de no ser así no vendría con la frente coronada del laurel florido.

EDIPO..... Pronto hemos de saberlo. Ya está al alcance de mi voz. ¿Qué noticias nos traes de parte del dios Febo, hijo de Meneceo, mi allegado, Creonte?

(DE LA PARTE EXTERIOR DE LA CIUDAD ENTRA CREONTE CON LA FRENTE CEÑIDA DEL LAUREL FLORIDO)

- CREONTE.... Albricias! Yo os anuncio que pesares tan duros, aun con serlo, pasarán a ser grandes prosperidades.
- EDIPO Pero ¿cuál es el oráculo? Tus noticias, por lo menos hasta ahora, no aumentan esperanzas ni tampoco temores.
- CREONTE... Si quieres oírlo en presencia de éstos, hablaré al punto. Y si así lo prefieres en palacio entraremos.
- EDIPO Habla a todos; son sus males, precisamente, más que los míos propios los que tanto me aflijen.
- CREONTE... He aquí todo cuanto el dios ha dicho: urgentemente manda nuestro dios Febo que desterremos la peste de la patria, la que está cebando nuestra tierra y haciéndola así insana.
- EDIPO..... ¿Con qué expiaciones? ¿Cuál es el mal?
- CREONTE... Expulsando a un hombre o vengando con sangre ogra sangre; la que es peste de la ciudad.
- EDIPO.... Y ¿quién es el muerto al que el dios alude?
- CREONTE... Layo, que fue nuestro soberano, oh rey!, antes de tu llegada a la ciudad...
- EDIPO.... Lo sé según me lo han contado; porque verie nunca le vi.
- CREONTE... El murió asesinado. Y ahora es mandato del dios que alguien castigue duramente a los culpables.
- EDIPO..... Y ¿dónde estarán ahora? ¿Cómo descubrir las huellas de un crimen tan antiguo?
- CREONTE... El dios dijo que en nuestra tierra está. Quien busca, halla; con el descuido todo estara' perdido.
- EDIPO.... ¿Dónde tuvo lugar el asesinato del rey Layo? ¿Fue en el palacio, en el campo o en tierra extraña?
- CREONTE... Dijo se ausentaba a consultar a un dios; salió y aún no ha vuelto a casa.
- EDIPO.... ¿Nadie le vio? ¿Ni mensajero, ni compañero alguno de viaje, cuyas informaciones puedan guiarnos?
- CREONTE... No. Todos murieron menos uno. Este huyó espantado; de lo que vió, sólo una noticia supo darnos.
- EDIPO.... ¿Cuál? De ella, aunque sea solo un hilo tenue de esperanza, quizá podamos sacar los demás,
- CREONTE... Dijo que le asaltaron no uno solo sino toda una cuadrilla de bandidos. (PAUSA)
- EDIPO.... ¿Cómo un salteador se atrevió a tal crimen? ¿No lo fraguaría desde aquí el dinero?

CREONTE.... Así se pensó en la ciudad; pero muerto Layo nadie se levantó a vengarlo, en medio de aquella calamidad.

EDIPO..... ¿Qué calamidad fue la que os impidió averiguar las causas de la muerte de vuestro soberano?

CREONTE.... La enigmática esfinge que nos obligó a preocuparnos de males concretos y no de los que estaban envueltos en misterio.

EDIPO Pues de nuevo seré yo quien llegue hasta la raíz de la verdad. Bien lo ha hecho Febo, y bien vosotros en tomar esta venganza en favor del difunto. Cual es justo, vais a verme a vuestro lado como vengador de esta tierra y del dios mismo. Pues al tratar de borrar esta vergüenza no persigo el bien de extraño alguno: mi propio bien persigo, que quien dio muerte a Layo querrá poner bien pronto sus impías manos sobre mi mismo. Saliendo, pues, por Layo, salgo por mi mismo.

Hijos míos, vosotros, sin pérdida de tiempo, levantaos de esas gradas y apartad vuestros ramos suplicantes. Vaya uno de los criados y convoque acá a todos los criados y al pueblo de Cadmo, que yo he de hacer cuanto esté de mi parte. Con la ayuda del dios han de ver todos que o salimos triunfantes o arruinados quedamos.

SACERDOTE.. Hijos, levantad. Esto que el rey anuncia es lo que buscábamos Febo, que tales oráculos envía, se digne venir y ser, a la vez que salvador nuestro, azote de la peste. (SE RETIRAN TODOS. CADA UNO POR SU LUGAR CORRESPONDIENTE)

PARODO

CORO ¿Con qué voz vienes del áureo Delfos a Tebas la espléndida, oh voz de Zeus!, la de dulces acentos? Sacudido mi asustado corazón por el miedo, oh salvador Apolo!, el de los himnos, estoy aterrado preguntándome si tu respuesta anuncia algo nunca visto o algo ya conocido en el curso de los años. Dímelo ya, Mensaje Inmortal, hijo de la dorada Esperanza.

Hija de Zeus, inmortal Atenea, a ti te invoco; y a tu hermana Artemisa, la que se sienta sobre el famoso tronco de nuestra ágora circular, y también a ti flechador Apolo. Brille sobre mí vuestra triple defensa y protección triple! Y, pues, antaño, vosotros, cuando sobre esta ciudad se precipitaba el anterior infortunio, lanzasteis de nuestras fronteras, precipitadamente, el incendio de su peste, venid también ahora!

Ay, ay de mí! Males me abruman, males cincuenta! Todo mi pueblo está invadido de la peste y no halla la mente armas para reducirla. No crecen ya retoños en nuestra amada tierra; ni dan fruto los acerbos dolores de los partos. Cual ave de alas raudas, más veloces que el fuego, se van mis hijos el uno del otro en pos, a precipitarse en las riberas del dios infernal.

Así mi patria se reduce, con infinitos muertos, tendidos en tierra despiadadamente, esparciendo la muerte en el aire yacen mis hijos sin que nadie los lllore; y, en tanto, refugiadas al pie de los altares, las jóvenes esposas y las encanecidas madres, acá y allá, tratan de conjurar a gritos sus horribles males. Resuenan las plegarias de salud y a su acrode los lastimeros ayer. Vuelve pues, a nosotros, oh dorada hija de Zeus! esa tu sonriente faz.

CORO (cont). Y al implacable Ares (la peste) que me ha acometido atronador, sin bronce ni escudo, y me abrasa y destruye, hazle volver la espalda; huya de mi patria llevado del huracán, ya sea a los hondos senos del Atlántico, ya a los peñones inhóspitos del golfo Tracio. Ay!, si la noche algo ha perdonado, el día lo condenará. Llégate, pues, a nosotros, oh tú, padre Zeus!, tú que empuñas en la diestra el fulgurante fuego, y destrúyelo a un golpe de rayo.

Defensor Apolo!, yo quisiera que, como vanguardia nuestra ante el enemigo, saliesen de tu arco de trenzada cuerda irresistible dardos; y que los relampagueantes destellos, con que vuela Artemisa por los collados de Licia, volasen. También suplico al de los bucles en oro ceñido, al rubicundo Baco que a estas tierras dio nombre, y venga acompañado de sus bacantes como aliado nuestro, y, lanzando rayos de su tea, derrote a ese dios baldón de todos los dioses.

ESCENA I

ENTRA EDIPO. HA OIDO AL CORO LA ULTIMA ESTROFA)

EDIPO... Esos son tus deseos? Pues se verán cumplidos. Si quieres escuchar mis consejos y seguirlos; si quieres poner mano al remedio, has de verte socorrido y aliviado en tus males.

He de hablar ante todos, pues, ajeno yo a cuanto rumores hubo y los hechos mismos, mal podría yo solo y sin alguna clave penetrar tan adentro en el pasado. Y considerando que yo llegué a ser conciudadano vuestro después de estos sucesos, yo os ordeno a todos los Cadmeos: quienquiera que sea de vosotros el que sepa algo relativo a la muerte de Layo, hijo de Lábdaco, le mando que; venga y me lo diga.

Y el culpable, si está aterrorizado, desvíe por sí mismo el golpe que le amenaza; ningún castigo ha de herirle. Saldrá impune de la ciudad. Y si alguien sabe de algún extranjero que sea el asesino, tampoco calle; tendrá mi recompensa y mi gratitud también.

Pero si os obstináis en callar, si alguno encubre a su amigo o a sí mismo al alcance de mi decreto, oíd lo que ordeno para el que tal haga: mando que a este hombre, sea el que fuere, nadie en esta tierra, de la que yo poseo el cetro, le dirija la palabra ni dé participación en las plegarias y en los sacrificios, ni en las abluciones sagradas; sino que, como causa que es de nuestra peste, todos le echen de sus casas; así lo acaba de manifestar el oráculo del dios de Delfos, Con ello me declaro a un tiempo reivindicador del dios y del difunto.

Y que el asesino, dioses!, ya sea uno o tenga cómplices, arrastre una vida de maldición y miseria. Y si a ciencia y conciencia mía estuviere en mi casa o entre los míos, me sobrevengan a mí cuantos males acabo de pedir a los demás.

El exacto cumplimiento de cuanto he dicho, a vosotros os lo encargo, en mi nombre, en el del dios y en el de esta tierra que se me consume, agostada y abandonada de los dioses.

Aunque no lo decretaran los dioses debíais haber hecho averiguaciones sobre el caso, siendo como era el muerte tal ciudadano y rey vuestro.

Por mi parte, yo que empuño las riendas que él empuñara, yo que poseo su tálamo y su misma esposa y cónyuge, y yo que comunes tuviera los hijos, y de una misma sangre de no habersele frustrado

- EDIPO (cont) su descendencia - pero, la mala suerte ha caído sobre él -; y yo, por todo esto, me declaro vengador de Layo "como si mi propio padre fuera" y todo lo he de averiguar hasta dar con el asesino, para salir en defensa del muerto, hijo de Lábdaco, hijo a su vez de Polidoro, como éste lo fue del viejo Cadmo, y de éste fue padre el que lo es de todos, Agenor.
- Y a aquellos que no me obedezcan, o dioses!, no les deis ni cosechas en sus campos, ni hijos de sus mujeres, y mueran consumidos por ésta u otra epidemia peor.
- En cuanto a vosotros, los demás Cadmeos, que aprobáis a no dudarlo cuanto digo, que los dioses os protejan siempre y la justicia sea siempre con vosotros.
- CORIFEQ... Ya que con juramentos me obligas, he de hablarte con juramentos; no soy yo el asesino, ni yo sé dónde está. En verdad que lo de acusar al delincuente era cuenta de Apolo que mandó buscarle.
- EDIPO.... Dices bien; pero jamás un hombre podrá forzar a un dios a lo que éste no quiera.
- CORIFEQ... Yo me atrevería a decirte lo que se me ocurre como segundo recurso.
- EDIPO.... Aunque fuere como tercero, no dejes de decírmelo.
- CORIFEQ... No conozco a nadie que esté tan enterado de los secretos de Febo como el sabio Tiresias. Oh, rey!, preguntándole a él puede saberse todo con certeza.
- EDIPO.... Tampoco en esto he andado remiso. Aconsejado por Creonte le he enviado ya dos avisos; y me maravilla su tardanza. (PAUSA)
- CORIFEQ... En cuanto a todo lo demás, no pasan de confusos y trasnochados rumores.
- EDIPO.... No menosprecio rumor alguno. ¿Cuáles fueron?
- CORIFEQ... Se dijo que murió a manos de unos caminantes.
- EDIPO.... También yo lo oí decir; pero al que eso vio nadi le ve ahora.
- CORIFEQ... Si conoce el miedo, no tardará en venir al oír maldiciones como las tuyas.
- EDIPO... Quien no se asusta de las obras, menos de las palabras.
- CORIFEQ... Ahí tenemos a quien nos lo ha de descubrir todo. Ya traen al divino profeta, único mortal que lleva escrito la verdad en su alma.
(MIRAN CON EXPECTACION E INTERES. LLEGA TIRESIAS)
- EDIPO... Oh Tiresias! que todo lo penetras, lo indecible y lo que decir se puede; los arcanos del cielo y los secretos de la tierra. Aun ciego como estás ves la plaga en que la ciudad está presa. En ti ponemos nuestra defensa y salvación.
- Pues Febo, quizá lo has oído decir, contesta a nuestra pregunta que el único remedio para tan grave dolencia es descubrir y dar muerte a quienes se la dieron al rey Layo - o expulsarlos, al menos, de la patria - no nos niegues tú lo que las aves y otros

EDIPO (Cont) medios del saber profético, te indican. Sálvate a ti mismo; salva también a la ciudad y con ella sálvame a mí, borra, en fin, la sangre de este asesinato. En tus manos estamos. Ayudar a los demás con lo que uno puede o sabe es uno de los trabajos más dulces.

(ENTRA TIRESIAS GUIDAO POR UN LAZARILLO)

TIRESIAS.. Ay! Ay! Qué triste es saber cuando no trae bienes el que sabe; De eso estaba yo convencido y lo había olvidado; no debía haber venido acá.

EDIPO.... ¿Qué es ello? Desalentado vienes...

TIRESIAS.. Déjame volver a casa. Es el mejor medio de mirar por ti y por mí. Sigue este consejo.

EDIPO... No cumples con tu deber. Si nos niegas tu respuesta faltas a la patria que te vio nacer...

TIRESIAS.. Es que veo que tampoco tú estás muy acertado en tus palabras; y no quisiera caer yo en la misma falta.. (HACE ADELAN DE IRSE)

EDIPO... No, por los dioses! Si algo sabes no te vuelvas sin decirlo Te lo pedimos todos, suplicantes!

TIRESIAS.. Sí, que todos andáis equivocados, Jamás descorreré yo el velo de mis pesares; por no decir los tuyos.

EDIPO.... ¿Qué es eso? ¿Sabes y te callas? ¿Intentas, pues, traicionarnos arruinando la ciudad?

TIRESIAS... No, yo no quiero causar males a nadie, ni a tí, ni a mí. ¿Para qué fatigarse en preguntas vanas? Por mí nohas de saberlo.

EDIPO... Villano de villanos! Eres capaz de hacer arder de ira a un peñón. ¿No vas a hablar, por fin? ¿Vas a quedarte impávido y mudo?

TIRESIAS.. Me echas en cara mis defectos sin ver los que en ti anidan. Eres tú quien se enoja contra mí!

EDIPO.... ¿Quién no se irritaría oyendo tales palabras y tal modo de ofender a la patria?

TERESIAS.. Todo llegará aunque yo lo calle.

EDIPO.... Pues si ha de llegar, dímelo en seguida.

TIRESIAS.. Ni una palabra más. Rabia si quieres con la más furiosa de las rabias.

EDIPO.... Pues yo sí que, en mi enojo, voy a devirte lo que sospecho; voy deduciendo que fuiste tú quien preparó el hecho; tú quien lo llevó a cabo, aunque por mano ajena, y si vista tuvieses diría que fue todo obra tuya.

TIRIASIA.. ? De veras? Pues yo te digo que todo el peso de tus propias mal-
diciones cae sobre ti y que, a partir de hoy, no has de poder ha-
biarnos ni a estos ni a mí, pues eres tú la plaga que tiene a
esta tierra contaminada.

EDIPO... ? Así y tan descaradamente te atreves a hablar? Esperas acaso li-
brate de mis manos?

TIRIASIA.. Muy libre estoy, porque llevo en mi interior la verdad como un
baluarte.

EDIPO... Y ?quién te la ha enseñado? No habrá sido tu ciencia agorera.

TIRIASIA.. ?Quién? Tú, pues me has obligado a hablar en contra de mi voluntad.

EDIPO... A hablar ?qué? Dilo de una vez y que te oiga mejor.

TIRIASIA.. ?No lo has entendido a la primera? ?Intentas cogermme en contra-
dicción?

EDIPO... No; no puedo decir que lo sé. Repítelo nuevamente.

TIRIASIA.. Digo, pues, que tú eres el asesino que buscas.

EDIPO... No te gloriarás de haberme insultado dos veces.

TIRIASIA.. ?Quieres que siga hablando para que tú puedas continuar hablando?

EDIPO... Cuanto te venga en ganas; todo será palabrería pura.

TIRIASIA.. Digo que, aunque no lo ves, vives en repugnante consorcio con los
tuyos y que no te das cuenta de los males que vives.

EDIPO... ?Esperas seguir hablando así, impunemente?

TIRIASIA.. Sí; que es cierto que la verdad tiene poder.

EDIPO... Lo tiene, sí; pero no para ti. Para ti no, cegato, tan tapado
de ojos como de oídos y de entendimiento.

TIRIASIA.. Cuanta es tu desdicha; Estás lanzando los insultos que dentro de
muy poco han de echarte en cara los aquí reunidos, sin faltar uno.

EDIPO... Vives siempre en la más absoluta oscuridad; tus golpes no han de
herirme ni a ningún otro que tenga ojos.

TIRIASIA.. No soy yo quien hade herirte; recursos tiene Apolo a quien esto
está encomendado.

EDIPO... ?Son tuyas sólo, o vienen de Creonte estas fantasías?

TIRIASIA.. No busques en Creonte la razón de los males que están en tí mismo.

EDIPO... Oh riquezas, oh imperio, oh talentos que aventajáis a los demás
en esta vida sembrada de envías;

TIRIASIA.. Cuantos son los celos que os acechan, pues enviando el mando
de la ciudad, que ella puso graciosamente en mis manos sin yo pe-

EDIPO (Cont) dirlo, pinesa Creonte, el fiel, el viejo Creonte, desplazarme y sustituirme, echando por delante a este mago marrullero, charlatán entrometido, que no ve sino para explotar, y en su arte es un cegato.

Porque dime: ¿Cómo has mostrado tu habilidad profética? ¿Por qué, cuando estaba aquí la esfinge con sus terribles enigmas, no dijiste a los ciudadanos cómo salvarse?

Y conste que el poder descifrar sus enigmas no era obra de un cualquiera; requería ser adivino, y tú no supiste aprovechar ni el canto de las aves, ni la voz de dios alguno. Y yo, el recién llegado, yo Edipo, el que nada ve, yo fui quien con mi ciencia, sin mendigarla a las aves, destrozó a la esfinge. Y soy yo a quien tú destronar intentas con la esperanza de sentarte, algún día, junto al trono de Creonte.

Lágrimas os va a costar, a ti y tu colega, vuestro celo en purificar esta tierra. Si no fuera por tu cara de viejo te haría entender lo que tramabas, a base de azotes.

CORIFEOS.. En nuestra humilde opinión si la pasión ha conmovido la lengua de Tiresias, también ha conmovido la tuya, Edipo. Y no es esto lo más importante ahora, sino ver de cumplir los mandatos del oráculo.

TIRESIAS.. Aunque seas rey, por lo menos, somos iguales en el derecho de contestar; a eso se extiende mi poder, incluso. Yo no soy siervo tuyo sino de Apolo; y no me empadroné entre los partidarios de Creonte.

Yo te hago saber que sí, es cierto estoy ciego, pero tú, tú no ves en qué males estás, ni con quién vives, ni dónde habitas.

¿Sabes, además, de dónde descienes? No. No sabes que eres la vergüenza de los tuyos, muertos y vivos. Y las furias ambas acosadoras, la de tu padre y la de tu madre, combinadas las dos, han de arrojarte de esta tierra un día, a tí, sí, que ves muy bien ahora pero pronto verás.. tinieblas. Y ¿cuál será el puerto, o el monte Citerón que no repetirá tus ayas, cuando tú te des cuenta de tus bodas, bahía a la que te acogiste bogando viento en popa? Tampoco entiendes otros males sin cuento que han de igualar, muy pronto, a tus hijos contigo.

Sigue, ahora con tus escarnios contra Creonte y mis avisos. Jamás mortal alguno será aniquilado de modo más vil que tú has de serlo.

EDIPO..... ¿Es posible tolerar tamaña desvergüenza? Sal de aquí, maldito, sal. Inmediatamente. Vuélvete por donde has venido y abandona este palacio.

TIRESIAS.. No hubiera venido si no me hubieses llamado tú mismo.

EDIPO..... Es que, yo no sabía que ibas a contarme necedades; que de saberlo, a buena hora te llamo yo a mi casa. No lo dudes ni un momento.

TIRESIAS.. Por lo visto, a tu parecer, yo soy necio; muy diferente es el concepto de tus padres, los que te engendraron.

EDIPO.... ¿Qué padres? Espera, ¿quiénes me dieron la vida? y quitártelo además.

EDIPO.... Pero, qué complicado y confuso lo dices hoy todo!

- TIRESIAS.. ¿No presumas antes de descifrar enigmas?
- EDIPO..... Insúltame por ahí, en ello, precisamente, encontrarás mi grandeza.
- TIRESIAS.. Y ésa es, precisamente, la gloria que te ha arruinado.
- EDIPO.... Si con ella he salvado a la ciudad, ¿qué me importa?
- TIRESIAS.. En ese caso, me voy. (AL LAZARRILLO) Tú, niño, guíame.
- EDIPO.... Sí; que te guíe. En tanto estás aquí no haces sino estorbar y molestar; al sacarte de aquí no fastidiarás ya.
- TIRESIAS.. Me voy porque ya he dicho cuanto debía y no por temor a tu ceño, que no has de poder nada contra mí, tú. Repito: el hombre que con tanto empeño y amenazas buscas, autor del asesinato de Layo, ese hombre está aquí entre nosotros y, según se dice, es un extranjero; pero pronto ha de saberse que es verdadero y natural tebano y no ha de alegrarse del descubrimiento. Porque es ciego el que ahora ve, y, siendo mendigo el que hasta ahora fue opulento, ha de salir a recorrer extrañas tierras y tantearlas con bastón de ciego. Y resultará que es para sus hijos hermano a la vez que padre. Y para la mujer que le dio a la vida, hijo y esposo a la vez; y para su padre a la vez que asesino, cónyuge de la mujer. Y ahora ve, medita en todo esto y, si en algo me pescas embustero dí, con razón, que no entiendo en profecías. (TIRESIAS Y EL LAZARRILLO SE VAN. EDIPO LE OBSERVA Y ENTRA EN PALACIO)

ESTASIMO I

- CORO ¿Quién será el señalado por la roca de Delfos, dictadora de oráculos
¿Quién el que con manos ensangrentadas se atrevió a cometer lo indecible de lo indecible; Y pues el hijo de Zeus, seguido de las nefastas Parcas, se precipita sobre él armado de rayos y fuego, hora es ya que huya con la velocidad de los corceles del huracán.
Desde el nevado Parnaso acaba de sonar una voz que nos ordena rastrear por doquier las huellas del desconocido culpable que, triscando por bosques y peñas, se ocultó en algún antro, sin duda como toro salvaje, solitario y maldito, para evitar los oráculos del Pitón central de la Tierra. Pero ellos se ciernen, siempre inmortales, sobre su cabeza.
Con terribles y horrendas ideas el sabio agorero me ha confundido sin que yo pueda llegar a discernir si son o no ciertas. Juguete de mis pensamientos no veo el presente ni veo el pasado. ¿Qué encuentro han tenido los Labdácidas y Edipo? Al salir yo defendiendo a los Labdácidas por el misterioso asesinato no encuentro ni en el pasado ni en el presente nada que, como piedra de toque, me haga admitir el rumor propalado acerca del rey Edipo.
Zeus, es cierto, y Apolo son sabios y conocen los mortales corazones; pero de que un adivino sepa, o no, más que yo es algo difícil de distinguir, porque la ciencia de un hombre puede muy bien superar a la de otro hombre.. Pero no, mientras no tenga ante mis ojos las pruebas acusatorias no he de condenarle, que todos fueron testigos de cómo venció a la esfinge y de cómo fue salvador de la ciudad el sabio Edipo.
Jamás, en mi corazón, será condenado.

ESCENA II

ENTRA CREONTE POR LA IZQUIERDA

CREONTE.... Ciudadanos, vengo indignado por la calumnia que, según dicen, ha levantado Edipo contra mí. Porque si imagina que en la presente calamidad he tenido yo parte con deseos o con palabras y obras, causándole así daño alguno, renuncio a una vida manchada por tal infamia.

No es un mal cualquiera éste; es un gravísimo daño si toda la ciudad me ha de llamar traidor, traidores vosotros y traidores, también, mis amigos.

CORIFEEO... Tal insulto fue, sin duda, provocado más por la ira que por la reflexión.

CREONTE... ¿Con que pruebas se ha dicho, que, por mi sobornado, ha falsificado el adivino los oráculos?

CORIFEEO.. Así se dijo, pero, ¿quién puede saber el alcance que tenían sus palabras?

CREONTE.. Pero, ¿se me ha atribuido un crimen tan grande con toda seriedad, con toda sinceridad?

CORIFEEO.. No lo sé, mis ojos no alcanzan a ver lo que hacen mis señores. Ahí sale él mismo de palacio.

(EDIPO, IRRITADO, VIENE DEL PALACIO) V

EDIPO.... Eh! ¿Hasta aquí vienes tú? ¿Tanta es tu osadía que te atreves a poner el pie en mi casa, convicto asesino de este hombre y ladrón desalmado de mi cetro? Por los dioses, Dime: ¿tan inútil y tan torpe me ves que te atreves a tamaña felonía? ¿Creste que no había de sorprender el progreso de tus ocultas maquinaciones? ¿O imaginaste que, una vez descubierto, no sabría castigarlo? No son memeces tales intrigas: asaltar sin fuerzas y sin tropas un trono que sólo a la fuerza y la riqueza ha de rendirse.

CREONTE... Edipo, haz lo que voy a decirte. Tú ya has hablado; escúchame ahora a mí, y luego obra en consecuencia y júzgame.

EDIPO... Muy hábil eres tú para hablar y yo torpe para entenderte, pues te he encontrado pérfido y cruel para conmigo.

CREONTE... Eso es, precisamente, lo que quiero explicarte.

EDIPO.... Eso es, precisamente, lo que no debes decirme; que no eres un traidor.

CREONTE... Si imaginas que, bastándote la razón, es suficiente ser obstinado, te equivocas.

EDIPO.... Si te imaginas que has de perseguir a un pariente sin tenerlo que purgar, tú eres el equivocado.

CREONTE... Si así es, tienes razón en todo. Dime cuál es el daño que te he causado.

- EDIPO... ¿Me decías o no que era necesario llamar a aquel reverendísimo agorero?
- CREONTE... Y del mismo parecer sigo siendo.
- EDIPO..... Bien: ¿Cuánto hace que Layo....
- CREONTE... ¿Qué? No sé a qué te refirieras.
- EDIPO.... m..... desapareció de muerte violenta?
- CREONTE... Se pueden contar, desde entonces, muchos años y muy largos.
- EDIPO ¿Ejercía su profesión ya en aquel entonces ese agorero?
- CREONTE.. Sí, muy sabiamente. Y con tanta admiración como ahora.
- EDIPO..... ¿Me mencionó entonces alguna vez?
- CREONTE.. No; al menos estando yo en su presencia.
- EDIPO... Pues, ¿no hicisteis indagaciones en torno al muerto?
- CREONTE.. Las hicimos, desde luego. Pero nada descubrimos.
- EDIPO.... y ¿por qué ese sabihondo no dijo entonces lo que ahora?
- CREONTE... No lo sé. En lo que no estoy bien informado prefiero callar.
- EDIPO.... Una cosa sabes que vas a decirme.
- CREONTE.. ¿Cuál? No he de negarme si la sé.
- EDIPO.... Pues que de no estar confabulados no podría decir que yo maté a Layo.
- CREONTE.. Si así dice, allá tú te lo sabrás. Ahora, yo quisiera ser quien te preguntara, tanto como tú a mí.
- EDIPO.... Habla, que no has de convencerme con tus palabras.
- CREONTE... Veamos, ¿estás casado con mi hermana?
- EDIPO.... No se puede negar lo que preguntas.
- CREONTE.. ¿No eres tú, rey consorte, con los mismos poderes que ella tiene?
- EDIPO... Hasta donde se extienden sus deseos, se extienden mis concesiones.
- CREONTE.. ¿No soy yo igual a vosotros, como tercer soberano?
- EDIPO.... Y eso es precisamente lo que te inclina a traicionarnos.
- CREONTE .. En modo alguno, si te haces, como yo hago, una breve reflexión. Ante todo, ¿hay quien le agrade ir entre sobresaltos pudiendo gozar de igual poder con la paz y concordia? Yo, por mi parte, como todo hombre juicioso, más prefiero reinar que ser llamado rey,

CREONTE (cont) Ahora bien, yo en ti lo pongo todo, sin sobresalto alguno, y si fuera rey me vería obligado a obrar en contra de mi voluntad en más de una ocasión. ¿Cómo, pues, ha de serme más apetecible el mando mismo que esta pacífica soberanía? No he llegado a tal punto de insensatez que esté hambriento de honores que no traen provecho.

Ahora todos me quieren bien, todos me saludan, y, cuantos quieren obtener algo de tí, a mí acuden porque con sólo hacerlo lo obtienen todo. ¿Voy, pues, a renunciar a esta suerte para lograr la contraria?

Tener juicio es suficiente para no ser traidor.

No soy yo de los que tales ideas cultivan y ni sabría tratar con quienes las llevan a la práctica. Y en prueba de todo cuanto te digo, ve hasta Delfos y allí pregunta por el oráculo y comprueba si he mentado; y si hallas que el adivino y yo estamos confabulados, entonces sí, cógeme y dame muerte con el peso de dos sentencias: la tuya y la mía. Deja de condenarme ligeramente y por sospechas vanas, que no es justo juzgar por buenos a los malvados ni tener por malvados a los buenos, sin motivo. Perder un fiel amigo vale tanto para mí como perder la vida, que es el mejor de los amigos.

Con el tiempo has de verlo todo claro. Sólo el tiempo descubre a un ciudadano honrado, y a un malvado se le descubre en un solo día.

CORINEO... Prudentes reflexiones, oh rey! son éstas para quien no quiera dar un mal paso. Aquel que se precipita en sus juicios no tiene seguridad en ellos. No hace falta insistir en ello.

EDIPO.... Cuando él, desde la sombra avanza precipitadamente, también yo debo obrar con presteza para evitar mi perdición. Que si estoy en espera e inactivo sus planes triunfarán y arruinarán los míos.

CREONTE.. ¿Qué pretendes? Ea! ¿Desterrarme?

EDIPO.... No, no! La muerte has de encontrar para que el mundo aprenda en tí lo que es la envidia.

CREONTE... Hablas como quien no piensa crearme y ceder en su enojo. Dame crédito!

EDIPO.... No eres digno de él.

CREONTE... Es que te veo andar sin rumbo bueno.

EDIPO.... Para lo mío, no

CREONTE.. Es que tampoco debieras para lo mío.

EDIPO.... Es que tú eres un traidor.

CREONTE... ¿Y sí te equivocas?

EDIPO..... Yo debo mandar.

CREONTE... Sin faltar a la justicia.

- EDIPO Oh, patria! Oh, patria!
- CREONTE... También ésta es mi patria. ¿Crees ser tú el único?
- CORIFEO.... Teneos, soberanos. Muy a punto veo salir de palacio a nuestra reina Yocasta. Ella calme tan importuna pelea. (YOCASTA VIENE DE LA PUERTA PRINCIPAL DEL PALACIO, ACOMPAÑADA POR DOS DONCELLAS. SE SITUA ENTRE EDIPO Y CREONTE)
- YOCASTA.. ¿A qué esta alborotada pendencia y gritería? Está la patria agonizando y ¿no os da vergüenza andar así, metidos en pleitos privados?
Edipo, vuélvete tú al palacio y Creonte vuelve a su casa. No acaben en tragedia estas nonadas.
- CREONTE.. Es que tu esposo me agravia grandemente, decretando contra mí uno de estos dos males: desterrarme de Tebas o quitarme la vida.
- EDIPO... Cierto es, mujer. Que alevosamente le he sorprendido tramando un plan para quitarme la vida.
- CREONTE.. No; sea yo maldito, acabe yo mal, si he hecho jamás nada de los que me acusas.
- YOCASTA..¿ Los dioses te valgan! Por reverencia a juramento tan sagrado, por respeto hacia mí y hacia éstos; Edipo, cree lo que te ha dicho.
- CORIFEO...2 Escucha, rey, serénate, yo te lo pido.
- EDIPO.... ¿En qué quieres, pues, que yo ceda?
- CORIFEO... Consideración debes tener a un hombre que, si antes era grande, ahora lo es más por el juramento prestado.
- EDIPO.... Pero ¿sabes lo que me pides?
- CORIFEO... Lo sé.
- EDIPO.... Vamos, ¿qué quieres?
- CORIFEO... Que no condenes y ofendas a un amigo, que así se maldice, por unos sencillos rumores inciertos.
- EDIPO.... Mira y tenlo por cierto; al pedir tal cosa pides mi muerte o mi perpetuo destierro.
- CORO..... No! Por este sol, príncipe de todos los seres celestiales! Maldito de todos, de dioses y hombres, muera yo de manera desastrosa si tales pensamientos abrigo! Únicamente me angustia y desgarrar ver que, cuando la patria está consumiéndose, van a colmar estos males los males públicos.
- EDIPO.... Váyase, pues, ése aunque tenga yo que verme expulsado con pública afrenta o morir mil veces. Al corazón, me han llegado tus palabras, las tuyas que no las de éste, que él, donde se encuentre, ha de ser execrado por mí. Que se aparte de mi lado.

- CREONTE... Veo que cedes pero sigues rencoroso; eres insufrible cuando la pasión te domina. Caracteres así son los únicos verdugos de sí mismos.
- EDIPO.... Déjanos en paz y vete.
- CREONTE.. Me voy, sí; no lograste entenderme. Para éstos soy el mismo de siempre. (SALE CREONTE. PAUSA CORTA)
- CORINEO.. Reina, ¿no convendría llevar, sin demora, el rey a palacio?
- YOCASTA... Antes quisiera saber qué ha ocurrido.
- CORIFEO.. Inciertas sospechas; palabras sin forma. También ofende lo que es infundado.
- YOCASTA.. ¿Del uno y del otro?
- CORIFEO... De ambos.
- YOCASTA... ¿Por qué la disputa?
- CORIFEO... Oh, reina! Ya basta. Ya basta entre tantas desgracias que a todos afligen dejar la disputa donde ella ha quedado.
- EDIPO.... ¿Ves tú adónde me llevas con tan buena voluntad, abandonando mi interés y embotándome el corazón?
- CORO.... Ya te lo he dicho y no una vez sola, gran rey: sería el más necio, el más alejado de consejo bueno, si me apartase un punto de tí; de tí, que devolviste la calma a mi patria cuando era juguete de las olas. Sálvala ahora, también, felizmente!
- YOCASTA.... Por los dioses! dime también a mí el motivo que te tiene tan enojado.
- EDIPO.... Te lo diré, que tú, más que éstos, mereces mis respetos. Lo que Creonte es y lo que él ha tramado....
- YOCASTA... Adelante, sí; pues quiero saber todo el altercado.
- EDIPO.... Dice Creonte que yo asesiné al rey Layo,
- YOCASTA.... ¿Lo sabía él? O ¿lo ha oído decir hace poco a alguien?
- EDIPO..... Nos ha traído un canalla agorero que ha hablado; porque él no ha soltado palabra que pueda comprometerle.
- YOCASTA... Nada de cuanto dices, temas. Edipo, escúchame y verás que no hay mortal que sepa de vaticinios. He de darte una prueba clara y breve.
- Un oráculo terrible le vino un día a Layo - no del mismo Apolo, sino de sus servidores, claro está - que le anunciaba su sino fatal: había de morir a manos de un hijo que él y yo engendraramos. Pues bien; él - según la voz que corrió - murió a manos de unos salteadores extranjeros, en el cruce de tres caminos. En cuanto al hijo, no llevaba tres días de nacido, cuando ya por manos de un tercero, sujetos con hierros los tobillos, era

YOCASTA (cont) abandonado en un monte inaccesible... Ya ves, pues, que Apolo no logró hacer del hijo un asesino del padre, como se temía, ni que el padre muriera a manos de su propio hijo. Tan acertadas, como ves, fueron las profecías.

Así que nada te importe; cuando un dios busca algo o algo necesita, él mismo lo descubre y pronto. (PAUSA)

EDIPO.... Grande es el desconcierto que invade mi alma y grande la turbación de mi mente al oírte, Yocasta

YOCASTA.. ¿Qué es lo que te angustia y hace hablar así?

EDIPO.... Creo haberte oído decir que el rey Layo encontró la muerte en un cruce triple.

YOCASTA... Así se dijo entonces y así se dice ahora.

EDIPO..... Y ¿dónde está el pareje en que ello sucedió?

YOCASTA... La tierra se llama Fécida; el lugar en que se cruzan los caminos de Delfos y Daulia.

EDIPO..... ¿Cuántos tiempo ha pasado desde entonces?

YOCASTA.. Precisamente poco antes de venir tú a reinar sobre esta ciudad se divulgó la noticia.

EDIPO..... Ay Zeus!, ¿qué es lo que has decretado hacer conmigo?

YOCASTA.. Pero, ¿qué es lo que así te alarme, Edipo?

EDIPO.... No me lo preguntes todavía. Dime, ¿qué aspecto tenía Layo y cuál su edad más o menos?

YOCASTA.. Alto era, blanqueaba ya la nieve en su cabeza; su aspecto bastante semejante al tuyo

EDIPO... Ay de mí! Sospecho que, sin pensarlo, he estado no hace mucho echándome maldiciones.

YOCASTA.. ¿Qué dices? Miedo me da mirarte al rostro, rey!

EDIPO.... Mucho me aterra pensar que quizás el adivino oía bien. Tu me sacarás de dudas, contestando a una pregunta.

YOCASTA.. Pavor siento, en verdad; pero a cuanto preguntas contestaré cierto.

EDIPO.... ¿Iba solo o, como persona de autoridad, llevaba buena escolta?

YOCASTA... En total eran cinco. Un heraldo, entre ellos, Layo iba en una carroza.

EDIPO.... Ay! Ay! Esto está claro, ya. Mujer, ¿quién fue el que trajo estas noticias?

YOCASTA... El único criado que sobrevivió; lle' hasta casa.

- EDIPO.... Y ¿vive todavía en el palacio?
- YOCASTA.. No. Apenas llegó y vió que estabas tú en el poder, habiendo muerto Layo, estrechó mi mano y me suplicó que lo enviara al campo, al pastoreo de los ganados con el fin, decía, de estar de la ciudad lo más alejado posible. Yo le envíe, que, siervo y todo, digno era de este favor y otros mayores.
- EDIPO... ¿No podría volver acá, ahora, en seguida?
- YOCASTA.. Poder, sí. Pero ¿para qué le quieres?
- EDIPO.... Yocasta, temo que haya hablado más de la cuenta. Quiero verle de todos modos.
- YOCASTA.. Pues él vendrá: en cuanto a mí, ¿no merezco saber por ti lo que así te aflige?
- EDIPO.... Llegado hasta aquí en mis zozobras, nada voy a ocultarte. Yocasta en trance tan angustioso, ¿a quién mejor hablar que a ti?
Era mi padre Polibo, el Córintio; mi madre Mérope, la Doria. Era yo el más feliz de los mortales cuando me sucedió una cosa que, si bien merecía atención, quizá no tanta como yo le di.
Al final de un banquete un hombre ebrio ya de vino me dijo que no era yo hijo de mis padres, sino solamente adoptivo. Mi enojo fue terrible y me contuve apenas durante todo el día; pero al siguiente fui a ver a mi madre y a mi padre y les pregunté la verdad. Muy a mal llevaron ellos la impostura del que así me había insultado.
Cuanto estaba de su parte hicieron y me dejaron tranquilo. Y a pesar de todo, siempre me veía atormentado por aquella idea que se iba ya extendiendo dentro de mí.
A escondidas, pues, de mi padre y de mi madre, me fui hasta Delfos y consulté el oráculo. Febo no se dignó contestarme en cuanto al motivo de mi viaje; en cambio me dictó una pavorosa y triste profecía: que yo había de contraer nupcias con mi madre y mostrar ante todos una pavorosa y horrible descendencia, a la vez que debía ser el asesino de mi padre.
Oído esto, calculando por los astros el camino, huí adonde jamás pudiera ver cumplidas las infamias del oráculo.
En mi viaje llegué hasta el mismo paraje donde tú dices fue muerto el rey, y te diré cómo sucedió todo, Yocasta. Cuando en mi viaje estaba ya cerca de aquel triple camino me topé con un hombre y un heraldo. Iba el primero en una carroza tirada por potros, tal como tú la has descrito. El gufa, y luego el viejo, se empeñaron bruscamente en apartarme del camino; yo, enojado, doy un golpe al que me empuja; el viejo lo ve y espera, que me acerque, y desde el carro me descarga en la cabeza su aguijada de dos puntas. Caro lo pagó. De un golpe de mi bastón, y en un abrir y cerrar de ojos, esta mano mía lo tumbó de espaldas y cayó rodando desde la carroza. A mis manos murieron todos.
Si aquel extranjero tenía algo que ver con Layo, ¿quién más desgraciado que yo? ¿Hay hombre más odiado de los cielos, pues que a ningún hombre, ciudadano o extranjero, le está permitido darme hospedaje ni aun dirigirme la palabra, sino que todos, han de arrojar me de sus casas? Y esto por las maldiciones

EDIPO (cont) que yo mismo, y nadie sino yo mismo, me he echado. Profanando estoy, además, el lecho del muerto con estas manos que le dejaron sin vida. ¿No soy un vil? ¿No soy, pues, la hez de la impureza? Me veo obligado a huir, y en mi huida no puedo llegar hasta mi patria sin verme en peligro de profanar a mi madre y dar muerte a mi padre, Polibo, que me ha engendrado y me ha criado. ¿Se equivocaría quien dijera que un demonio enemigo rige los destinos de Edipo? Oh, no! No, por la pureza y el respeto que a los dioses debo! Desaparezca yo de entre los hombres antes que ver una mancha tan funesta sobre mi frente.

CORIFE'.. Para todos nosotros esto es angustioso, rey! Pero, hasta oír al que fue testigo, siempre queda alguna esperanza.

EDIPO.... He aquí la única esperanza que queda: aguardar la llegada del pastor.

YOCASTA... Y ¿qué esperas de sus palabras?

EDIPO.... Yo te lo diré: si narra los hechos con tus mismas palabras, está pasada la tormenta.

YOCASTA.. Pues, ¿qué hay de particular en mis palabras?

EDIPO.... Decías: se aseguró que varios ladrones le habían matado. Si también el pastor habla así, en plural, no pude ser yo el que lo mató. No es lo mismo uno que varios. Pero si afirma ser uno solo el caminante, ya no hay dudas, el hecho se encaja en mí, fatalmente.

YOCASTA... Pues no dudes que ésas fueron sus palabras. Toda la ciudad, no yo únicamente, las oyó. Difícil le será ahora desmentirlas.
Y aunque se desdiga en algo de lo que entonces dijo, por lo menos, Edipo, el oráculo relativo a Layo que decía había de morir a manos de un hijo mío, ése queda desmentido. Porque es cierto que no lo mató el pobrecillo que murió mucho antes que él.
Así es que yo, de hoy más, por vaticinios ni vuelvo la vista acá ni la vuelvo de otro lado.

EDIPO..... Tienes razón; con todo manda venir al criado aquel. No lo retardes.

YOCASTA.. Le llamaré a toda prisa. Entremos en palacio; nunca he de hacer yo, a sabiendas, cosa que sea de tu desagrado.
(ENTRAN EN PALACIO)

ESTASIMO II

CORO..... Oh, tengas yo siempre la suerte de conservar la más respetuosa de las purezas en palabras y en obras! A todas presiden altísimas leyes, engendradas en las salas etéreas de los cielos. El Olimpo es su único padre y el ser no lo recibieron de hombres mortales, ni acabará con ellas jamás el sueño del Olvido. En ellas habita un gran dios que no envejece.

La intemperancia engendra a los tiranos; la intemperancia, cuando se halla inuustamente cebada en afectos ilícitos y perniciosos, se remonta, insolente, hasta lo alto; y desde allí se

CORO (cont) se despeña en medio de angustias y aprietos donde no puede dar un solo paso en libertad. Combates que lleven bendición a la patria yo mismo he de pedirlos a los dioses, y el dios será quien los presida.

Pero si alguien se exhibe llevando la insolencia en sus palabras o en sus obras, sin temor a la Justicia, ni respeto a las sagradas imágenes de los dioses; a ése, mil maldiciones lo arrebatan en castigo a su maldita impudicia, ya que con incontinentes manos toca lo que no debe, disfruta lo prohibido y no se aparta de la impureza. ¿Quién se gloriará, reo de tales males, de sustraer la vida a los golpes de los dioses? Porque si honra merecen esas acciones, ¿a qué estas danzas sagradas?

No he de ir ya, lleno de respeto hasta el santuario de Delfos, ni al templo de Abe, ni tampoco a Olimpia, si, tal como lo indican los mortales todos con sus dedos, no ha de cumplirse todo esto al pie de la letra. Soberano Zeus!, a ti que con razón eres aclamado como Señor que Impera, no se escape todo esto a tu inmortal poder! Desprestigiados quedan los oráculos de Apolo y en ninguna parte es glorificado el dios como veraz. Toda la religión se viene a tierra!

ESCENA III

YOCASTA SAEE DEL PALACIO ACQIPANADA POR DOS DONCELLAS. LLEVAN GUIRNALDAS Y OFRENDAS AL ALTAR DE APOLO)

YOCASTA.... Príncipes de la patria, he resuelto salir a visitar el santuario de los dioses, llevando conmigo esta guirnalda y estos timiomas, porque Edipo está terriblemente excitado con toda clase de espantos yno conjura sensatamente el porvenir por el pasado. Y a merced está del primero que le hable, mientras le diga cosas pavorosas.

Ya que con todas mis razones nada he logrado, a ti vengo, suplicante, oh LicioApolo!, que tan cerca estás y nos oyes. Te fuego nos des un desenlace limpio de toda impureza. Pues ahora, estamos todos desconcertados viendo al rey, que rige los destinos de la patria, tan desconcertado.

(ENTRA POR LA IZQUIERDA UN MENSAJERO QUE HABLA AL CORO)

MENSAJERO.. Amigos, ¿podéis decirme dónde está el palacio del rey Edipo? O, mejor aún, decidme, si ll sabéis ¿dónde está él?

CORIFEO.... Extranjero, éste es el palacio y dentro de él se halla Edipo, y esta señora es su esposa, madre de sus hijos

MENSAJERO.. Bendita sea ella, y los que rodean a la digna esposa de tan gran rey!

YOCASTA... Bendito seas tú, mensajero, que bien lo mereces por tan gentil saludo! Pero, dime al fin; qué deseas o qué noticias traes?

MENSAJERO.. Noticias buenas para tu casa y para tu esposo, señora.

YOCASTA.... ¿Cuáles son? ¿De dónde vienes?

MENSAJERO.. De Corinto vengo; y la noticia que te daré ha de alegrarte, aunque bien pueda ser te cause alguna pena.

YOCASTA..... Pero ¿cuál puede ser que tiene esa doble virtud?

MENSAJERO.. El pueblo proclamará a Edipo, rey de la tierra ístmica. Eso se dice allí.

YOCASTA... ¿Qué? ¿El anciano Polibo ha dejado el poder?

MENSAJERO.. No. Muerto está; en el sepulcro,

YOCASTA.... ¿Cómo? ¿Ha muerto el rey Polibo?

MENSAJERO.. Muera yo aquí mismo si no dijere la verdad.

YOCASTA... Muchacha, ve, corre; cuenta al rey estas noticias.

Oh, oráculos divinos! Dioses ¿dónde estáis? Temeroso de matar a Polibo hace tiempo se desterró Edipo; y, ahora, ya ha muerto a manos de su destino, no a las del rey. (EDIPO SALE DEL PALACIO)

EDIPO.... Amadísima esposa; Yocasta, ¿qué querías al mandarme llamar a palacio?

YOCASTA.. Edipo, oye a este hombre, escúchale. Y mira en qué terminan los temidos oráculos de los dioses.

EDIPO.... ¿Quién es ese hombre y qué es lo que desea?

YOCASTA... Viene de Corinto. Y anuncia que tu padre Polibo ha muerto.

EDIPO.... ¿Cómo? Explicáte tú mismo forastero.

MENSAJERO.. Sí, eso es lo que primero debo yo aclararte; no lo dudes, Polibo se fue.

EDIPO..... ¿De qué manera: por enfermedad, a traición?

MENSAJERO.. Los cuerpos ancianos los derriba el peso más leve.

EDIPO..... Según eso fue la enfermedad la que acabó con el desventurado.

MENSAJERO.. Sí. Y los muchos años que llevaba encima.

EDIPO.... Bien! Bien! Para que nos preocupen, mujer, los templos proféticos de Apolo y las aves que graznan por los aires. Según ellas yo debía matar a mi padre. Muerto yace él, bajo la tierra oculto, y yo estoy aquí sin haber tocado un arma. Como no haya muerto de pena por mi ausencia!, que así puedo, también, haberle dado muerte. En fin, ya está Polibo en el Hades y ha llevado consigo todos esos vaticinios, demostrándonos así que son iguales a nada.

YOCASTA... ¿No te lo decía yo, hace ya tiempo?

EDIPO.... Me lo decías; sí, pero yo estaba a merced del temor.

YOCASTA.. De ahora en adelante ni siquiera debes pensar en todo esto.
(PAUSA)

- EDIPO... Pero... ¿lo del lecho de la madreno es ya para angustiarme?
- YOCASTA... ¿Qué preocupaciones debe tener el hombre cuando nada es cierto y está todo en manos del azar? Vivir cada uno como mejor se pueda, a la aventura, es lo que importa únicamente. No te dé pena lo de las bodas con tu madre, pues, según dicen, otros las han tenido también en sueños, sí.
- EDIPO.... Todo eso estaría muy bien si mi madre no viviera. Y pues vive, fuerza es que yo tema por muy bien que tu hables, Yocasta.
- YOCASTA... Ahí tienes el mejor de los argumentos; el sepulcro de tu padre.
- EDIPO.... Bueno es, lo confieso, sin embargo, ella vive y todo es de temer.
- MENSAJERO..(LES INTERRUMPE) ¿Cuál es la mujer que os tiene ten preocupados?
- EDIPO.... Hérope, la esposa de Polibo.
- MENSAJERO.. Y ¿por qué os inquieta tanto aquella señosa?
- EDIPO..... La causa está en un terrible oráculo que pronunciaron los dioses.
- MENSAJERO.. ¿Puede saberse o exige secreto absoluto?
- EDIPO.... En modo alguno. Dijo Apolo que yo había de contraer nupcias con mi propia madre y que mancharía mis manos en la sangre de mi padre. Por estas razones no he vuelto a Corinto, después de tanto tiempo. No me va mal aquí, ciertamente; y, sin embargo, es siempre dulce volver a ver a los padres.
- MENSAJERO... ¿Y por ese temor vives fuera de tu patria?
- EDIPO..... Sí, viejo. Para no convertirme en asesino de mi padre.
- MENSAJERO.. ¿Por qué no te habré quitado ya tal inquietud si con esa intención vien hasta aquí?
- EDIPO.... Pues a fe que has de llevarte un premio digno.
- MENSAJERO.. Pues a fe que eso es lo que más me decidió a venir: la esperanza de que al volver tú a tu patria yo prosperaría a tu lado.
- EDIPO.... Jamás he de ir al hogar de mis padres.
- MENSAJERO.. Ay, hijo! Cómo se ve que no conoces lo que tienes entre manos!
- EDIPO.... Dime, por los dioses, ¿qué hay?
- MENSAJERO.. Si ésa es la causa que te impide regresar a tu hora.....
- EDIPO.... Si, el temor de que Febo acertara.
- MENSAJERO.. ¿El temor a contaminarte con tus padres?
- EDIPO.... Eso mismo, sí. Eso es lo que me tiene en perpetua angustia.

MENSAJERO.. Pues has de saber que en ello no hay motivo alguno de desazón.

EDIPO..... ¿Cómo no si ellos son mis padres?

MENSAJERO.. Es que Polibo nada tenía que fer contigo.

EDIPO.... ¿Qué dices? ¿No era él mi padre, el que me engendró?

MENSAJERO.. Tanto como este hombre que te habla.

EDIPO.... ¿Vais a ser iguales el padre y el que no lo es?

MENSAJERO.. Ni él ni yo te hemos engendrado.

EDIPO.... ¿No? ¿Cómo, entonces, me llamó siempre hijo?

MENSAJERO.. Mira, rey, fuiste un regalo que recibió de mis propias manos.

EDIPO.... ¿Y tanto supo amarme, habiéndome recibido de otros?

MENSAJERO.. El no tener hijos le enseñó a hacerlo.

EDIPO Y tú, ¿me compraste a alguno o me encontraste casualmente?

MENSAJERO.. En los profundos valles del Citer'on te había recogido.

EDIPO.... Y ¿por qué andabas tú por aquellos montes?

MENSAJERO.. Pastoreaba allí con mis rebaños.

EDIPO..... ¿Eras pastor entonces, vagando asalariado?

MENSAJERO.. Y en aquel trance tu salvador, hijo.

EDIPO.... Pues ¿tenía yo algún mal cuando tus manos me cogieron?

MENSAJERO.. Tus tobillos podrían decirlo.

EDIPO.... Ay de mí! ¿Cómo has de explicarme tú esta deformidad antigua?

MENSAJERO.. Es que yo solté unos hierros que agravesaban tus pies.

EDIPO.... Es cierto: desde la cuna me vienen estas cicatrices vergonzosas.

MENSAJERO.. Tanto que por ellas te dieron el nombre que llevas.

EDIPO..... Por los dioses! Dí, ¿Quién fué el padre? ¿quién la madre?

MENSAJERO.. Yo nada sé. Mejor lo debe saber, quizás, aquel que en mis manos te entregó.

EDIPO..... ¿Me recibiste de otras manos? ¿No fuiste tú quien me encontró?

MENSAJERO... No. De otro pastor te recibí.

EDIPO.... ¿Qué pastor? ¿Podrías indicárnoslo?

MENSAJERO.. Pastor de Layo le llamaban; era uno de ellos.

EDIPO.... ¿De Layo? ¿El antiguo rey de esta comarca?

MENSAJERO.. De ese mismo. Pastor suyo era.

EDIPO.... ¿Vive ese viejo todavía? ¿Podría yo verle?

MENSAJERO.. Esos lo sabrán mejor; los de la tierra. (INDICA AL CORO)

EDIPO.... ¿Hay alguno de los presentes que conozca al pastor de quien hablamos? ¿Alguno que lo haya visto aquí o en el campo? Si lo hay, que así lo diga; que estamos a punto de descubrirlo todo!

CORIFEO... Creo que es el mismo pastor del campo que hace poco solicitabas ver. Nadie mejor que Yocasta podría decirlo.

EDIPO.... Yocasta, ¿conoces tú al que hace poco llamamos? ¿Es acaso el que éste dice?

YOCASTA.. (DESAZONADA) ¿Y qué? que sea cualquiera.! Déjalo ya; a lo dicho no prestes atención, todo es tan vano.

EDIPO.... No en modo alguno. Llegada hasta este punto la pesquisa no pararé hasta dar con mi nacimiento.

YOCASTA.. No, por los dioses! Si no deseas perderte no des un paso más hacia delante. Me basta lo que he sufrido.

EDIPO... Ten buen ánimo; tú nada pierdes aunque yo resulte ser siervo, hijo de sierva nacida de siervas.

YOCASTA... Te lo suplico, obedece. No lo hagas!

EDIPO.... No cedo hasta dar con la verdad y la evidencia.

YOCASTA.. Que lo digo por tu bien; que es mi consejo el mejor.

EDIPO..... Esos consejos tan buenos son los que me están molestando hace ya tiempo. (LE VUELVE LA ESPALDAO)

YOCASTA.. Desventurado! Quieran los dioses no descubras quién eres.

EDIPO.... (A SUS PAJES) Inmediatamente, que uno vaya y me traiga aquí el pastor Dejad a ésta que se pavonee con la limpieza de su linaje.

YOCASTA... Ay! Ay! Desdichado!, éste es el único nombre que te puedo dar. Y ya jamás otro ninguno! (YOCASTA, FURIOSA Y DESESPERADA, ENTRA EN EL PALACIO)

CORIFEO.... Edipo, ¿por qué se habrá precipitado así la reina, de salvaje furor estremecida? Me temo que este silencio se rompa en un mal estruendoso.

EDIPO.... Reviente por donde quiera! Yo tengo que descubrir mi linaje, por muy villano que sea. Esa - mujer había de ser - se siente humillada por lo bajo de mi nacimiento. Hijo soy de la fortuna y no me

EDIPO (Cont) dejará avergonzado quien tan bien me cuida. Fortuna fue mi madre; los meses y los años, mis hermanos, deciden mi linaje alto o bajo. Hijo de tales padres ni he de resultar otro ni hay por qué temer mi cuna!

CORO..... Oh monte Citerón!, si yo soy adivino, si mi corazón sabe predecir, mañana cuando llegue la luna llena, no, no dejarás de verte festejado con mis danzas, como padre y señor, como sostén y madre de Edipo, cual bienhechor de mi amado rey! Oh, salvador Apolo, sean mis votos de tu agrado!

Niño, ¿cuál de las ninfas inmortales que habitan en las montañas visitadas por el dios Pan es la que te dio el ser? ¿O fue quizás alguna compañera de Apolo, ya que él halla sus delicias en praderas y dehesas? Quizá fue Hermes, rey de Cilene; quizá fue el dios de las bacanales quien te recibió, sorprendido, de una de las ninfas del Helicón, pues con ellas goza el dios de las cumbres de los montes.

(EDIPO FRENTE AL PALACIO. POR LA IZQUIERDA, MEDIO ARRASTRADO POR DOS SIRVIENTES, VE LLEGAR AL VIEJO CRIADO-PASTOR DEL REY LAYO)

EDIPO.... Si también yo tengo derecho a suposiciones imagino, anciano, que ése es el pastor que hace tiempo buscamos. Su edad avanzada se da la mano con la de éste, y, por otra parte, criados de mi casa le traen. Tú lo sabrás mejor que yo, pues le habrás visto antes de ahora.

CORIFEO... En verdad que le conozco. Era pastor de Layo y tan fiel como el que más.

EDIPO.... Tú primero, mensajero corintio. Di ¿este es el que decías?

MENSAJERO.. El mismo que ven mis ojos.

EDIPO..... Ahora, tú, viejo. Mírame y contesta a cuanto voy a preguntarte. ¿Eras tú uno de los que servían a Layo?

CRIADO... Siervo suyo fui, en su casa nacido y no comprado.

EDIPO.... En qué te ocupabas, cuál era tu clase de vida?

CRIADO.... Gran parte de mi vida la pasé en el pastoreo.

EDIPO.... ¿De ordinario, en qué lugares lo ejercías?

CRIADO... En el Citerón a veces, y en otros lugares de la comarca.

EDIPO.... Pues bien, ¿recuerdas haber visto alguna vez a este hombre allí?

CRIADO... ¿En qué ocasiones y de qué hombre me hablas?

EDIPO... Del que tienes ante ti. ¿Te viste con él alguna vez? (EL CRIADO LO HA COMPRENDIDO TODO Y QUEDA RECELOSO Y ASUSTADO)

CRIADO... No, que yo recuerde... Así tan de repente...

MENSAJERO.. Nada tiene de extraño, señor. Yo iluminaré su oscurecida memoria. Sé muy bien que recuerda cómo llevando él dos ganados,

- MENSAJERO (cont) y yo llevando uno, anduvimos más de tres veces y durante seis meses en cada ocasión por las vertientes del Citerón, desde la primavera hasta el arturo. Llegado el invierno me retiraba yo a mis rediles, y a los apriscos de Layo él se retiraba ¿Es o no como lo he dicho?
- CRIADO... Es verdad; han pasado ya tantos años...
- MENSAJERO.. Sigamos adelante. ¿Recuerdas cómo me diste un niño para que yo lo criase como mío?
- CRIADO....¿A qué viene eso ahora? ¿Por qué me lo preguntas?
- MENSAJERO.. Compañero, este hombre (SEÑALA A EDIPO) es el que entonces era niño.
- CRIADO... Maldición sobre tí! ¿No has de callar?
- EDIPO... No le regañes a él, viejo. Tus palabras y no las suyas merecen castigo.
- CRIADO.... ¿Es que'os he faltado yo, señor, bueno entre los buenos?
- EDIPO.... En no contestar lo que sabes sobre el niño.
- CRIADO... Es que él no sabe lo que se dice y está cansándose inútilmente.
- EDIPO.... No quieres hablar a las buenas; hablarás a las malas.
- CRIADO... No, por los dioses. No maltrates a un anciano.
- EDIPO.... Venga acá alguno y átele las manos a la espalda. (LOS CRIADOS SE DISPONEN A CUMPLIR LA ORDEN)
- CRIADO... Infeliz de mí! ¿Por qué esto? ¿Qué te propones saber?
- EDIPO.... ¿Le diste el niño?
- CRIADO... Se lo di, sí. Y ojalá me hubiera muerto aquel mismo día.
- EDIPO.... Ahora has de morir de no hablar claro.
- CRIADO.... Mas moriré si hablo claro.
- EDIPO.... Por lo visto intentas más evasivas.
- CRIADO.... No, por cierto. Hace rato que he dicho que lo di.
- EDIPO.... ¿De dónde lo tomaste? ¿Era tuyo o era de otros?
- CRIADO... Mío no, mío no era; alguien me lo había dado.
- EDIPO.... ¿Aglún ciudadano de éstos? ¿De qué casa?
- CRIADO.... No, por los dioses, no! No me preguntes más, señor!
- EDIPO.... Si me veo obligado a repetir la pregunta date por muerto!

- CRIADO... Era un niño de la casa del rey Layo.
- EDIPO.... ¿Siervo? O acaso ¿hijo legítimo de su familia?
- CRIADO... Ay, ay de mi! Llegó ya el momento de decir la palabra difícil.
- EDIPO.... Y de oír, también. Pero hay que oírlo.
- CRIADO... Le llamaban hijo de Layo. Tu mujer que está en palacio sabría explicarte todo con claridad.
- EDIPO.... ¿Fue ella quien lo entregó?
- CRIADO... Sí, ella misma, señor.
- EDIPO.... ¿Con qué fin?
- CRIADO... Para que acabase con él.
- EDIPO..... Su propio hijo, malvada!
- CRIADO.... Miedo fue de unos oráculos trágicos.
- EDIPO... ¿Cuáles?
- CRIADO... Corría la voz de que mataría a sus padres.
- EDIPO.... Y tú, ¿por qué le entregaste a este criado?
- CRIADO... Por compasión, señor. Esperaba que habría de llevarlo a la tierra lejana en que habita. El lo salvó en mala hora. Si tú eres, en verdad, el que éste dice, hasta de saber naciste con mal hado.
- EDIPO... Ah, ay!, Ay! La verdad ha quedado desnuda! Oh luz, por última vez te ven mis ojos! Ya todo se ha descubierto: nací de quienes no debiera; con quien no debiera me casé y, a quien menos debía matar, he matado. (PRECIPITADAMENTE ENTRA EN EL PALACIO. SALEN LOS DEMAS POR IZQUIERDA Y DERECHA. QUEDA SOLO EL CORO)

ESTASIMO III

- CORO..... Oh, generaciones de mortales! ¿Cómo vuestra vida no es para mí más que la nada! ¿Quién es el hombre, quién que consigue robar a la dicha otra cosa que aperiencias, para, en llegando a ser dichoso, desaparecer? Con tu caída fatal, con tu caída, Edipo, desventurado, ante mis ojos ya a ningún mortal llamaré feliz.
- Tú asestaste con destreza única la más venturosa de las fortunas y la arrebataste, oh, Zeus! Tú acabaste con la Esfinge, rampante doncella, y sus enigmas fatales, y en medio de nuestra tierra te alzaste como baluarte ahuyentador de muertes, y yo, por ello, te aclamé rey mío y te colmé de honores cual soberano de Tebas, la magnífica.
- Y ahora ¿quién tiene más negra historia? ¿Quién de tan tristes trabajos y pesares es presa súbita? Oh, Edipo famoso,

CORO (cont) que como padre e hijo fuiste a parar al puerto de un mismo regazo! Oh! ¿Cómo pudo el seno materno sufrirte por tan largos desdichados años?

Por fin, a despecho tuyo, el Tiempo que todo lo ve ha dado contigo, ha condenado ya el incasable casamiento de engendrador y engendrado. Oh verdadero hijo de Layo!, ojalá, si, ojalá no hubiera llegado a verte nunca! Como el que no tiene para sus males sino ayes de dolor, doy gemido tras gemido; A decir verdad por ti nada más alcé la cabeza y por tí cerré los ojos a la dicha.

ESCENA IV y EXODO

UN PAJE.... Príncipes y magnates de esta tierra! Oh, las cosas que vais a oír! Oh, las cosas que vais a ver, las cosas que van a abrumaros de pena si aún ponéis vuestro noble corazón en las cosas todas de la familia de Lábdaco!

No han de ser suficientes las aguas todas del Istro, ni las del Fasis, para poder lavar la abominación enorme que este palacio encierra y que presto, muy presto, ha de salir a la luz. Voluntaria ha sido, voluntaria; que de los males los que más acongojan son los escogidos voluntariamente.

CORIFEO... Nada faltaba a los males que ya conocíamos para ser dignos de lamentación. ¿Qué tienes, pues, que añadir a aquéllos?

UN PAJE... Una sola palabra es suficiente para decirlo y entenderlo: La divina Yocasta ha muerto.

CORIFEO.. Desdichada! ¿Quién la ha matado?

UN PAJE.... Ella, ella misma se ha matado. No puedo yo describir el momento cumbre del dolor porque no vi el acto mismo, pero oí; en lo que mi saber alcanza, las desdichas de la infortunada.

Cuando furiosa y frenética atravesó el portal se precipitó sobre el dosel nupcial, tirándose y arrancándose sus cabellos con ambas manos; entra luego en su cámara, y encerrándose por dentro, comienza a dar gritos invocando a Layo, hace tiempo muerto, y recordando cómo juntos habían engendrado un hijo que había de matarle a él y obtener de ella lo que no se debe llamar hijos; y maldecía aquel lecho en el que el esposo había dado a la desventurada un esposo, y un hijo le había dado hijos.

Cuál fue el final de Yocasta no lo sé, en verdad; porque un enorme alarido de Edipo nos impidió ver la desgracia de la reina para asistir a los descaminados pasos del rey.

Vagaba de acá para allá, pidiendo que le trajeran una espada y a la mujer que no lo era ya suya sino campo donde él y sus hijos habían encontrado la vida. Enfurecido como estaba, sólo le guiaba algún ser invisible.

Entonces dio un alarido horrendo, y como arrebatado por alguien se arrojó sobre los batientes de la puerta. Tuerce y desencaja la tranca de hierro y se mete allí.

La reina pendía, meciéndose ahorcada, de una retorcida cuerda.

Apenas él la vio, dando un bramido terrible, le suelta el lazo que la sostenía. Y cuando estuvo en tierra, tendida, la desdichada - oh, escena lastimera la que entonces vimos -

EL PAJE (cont) arranca él los dos largos y dorados broches con que sujetaba y adornaba sus vestiduras y, levantándolos en alto, los clavó en sus propias órbitas, diciendo cosas como éstas: " No veáis, ojos míos, ni cuánto yo estaba sufriendo, ni cuánto estaba haciendo yo, así, sumergidos en eterna noche contemplad a quienes yo jamás debí haber visto y nunca véais a quienes yo tanto he deseado ver."

Y mientras repetía tales lamentaciones, una y mil veces, iba desgarrando sus párpados, y enrojecidas sus órbitas enrojecían las mejillas. Poco después no eran ya gotas de sangre fresca las que corrían por su cara, sino una masa de sangre coagulada que lo bañaba todo.

No a uno sólo sino a dos ha arrasado la desgracia: reina y rey han perecido juntos.

Aquella en esos tiempos vida venturosa era, en verdad, ventura entonces. En este día de hoy es más bien lamentos, maldición, muerte, venganza. Todos los males con nombre en este mundo; no falta uno siquiera.

CORIFEO... El infortunado ¿está ahora tranquilo?

UN PAJE... Clamando está que vaya alguien y abra luego las puertas y hasta aquí le saquen, a la vista de todos los Cadmeos, a él, el parricida, el que a su propio padre.. - impiedades dice que no puedo yo repetir -, como quien se destierra de la patria y no ha de vivir más en casa, bajo el peso de las maldiciones que él mismo se echara.

Sin fuerzas está y necesita de alguien que le guíe; que su estado es insoportable en demasía.

Y pues ya abren las puertas del palacio, tú mismo le has de ver; contemplarás un espectáculo capaz de arrancar lágrimas aun a sus enemigos.

(APARECE EDIPO, CIEGO Y ENSANGRENTADO, Y CON PASO INSEGURO AVANZA POR LA ESCENA)

CORO..... Oh, espectáculo desgarrador para cualquier mortal! Oh, cuadro el más lastimero que mis ojos han presenciado! ¿Qué infeliz locura te ha asaltado? ¿Cuál es el espíritu maligno que ha abalanzado sobre ti el peso de su insufrible suerte? Ay, ay, desdichado! Ni a mirarte me atrevo cuando tengo tantas cosas que decirte, tantas que preguntarte, tantas que meditar sobre ti. Tal es el estremecimiento que me causas!

EDIPO.... Ay, ay, desgraciado de mí! ¿En qué rincón del mundo me esconderé, infeliz? ¿Dónde irá mi voz a perderse en la soledad? Oh, espíritu malo, hasta qué extremo me has llevado!

CORO..... Hasta un abismo para los ojos y el oído.

EDIPO..... Oh, tinieblas! Oh, noche mía, insufriblemente mía! Tan íntima a mí y tan inexplicable, tan irresistible y funestamente arrolladora! Ay de mí! Ay, ay de mí! Una y otra vez, ay, ay de mí! Cuán dentro penetrasteis punta de acero y recuerdo de males más crueles!

EDIPO (cont) ¿Y a estos ciudadanos los había de mirar con ojos serenos, después de haber descubierto en mí tan fea mancha? Jamás, jamás! Antes al contrario, que si hubiera medio de impedir la entrada al sonido en el oído, cerrara también esa puerta para vivir sin luz y sin aire; que es dulce a las almas vivir aisladas de los males que las rodean.

Oh, Citerón! ¿Por qué me recibiste? ¿Por qué al hacerlo no me estrellaste rápido para que jamás pudiera revelar al mundo el origen de mi nacimiento oscuro? Oh, Polibo! Oh, Corinto y hogar que he llamado hasta ahora paterno, qué belleza criabais en mí, para encubrir una postema! Ya! abrirse y reventar, he salido yo, pérfido e hijo de pérfidos.

Oh, camino triple y escondido valle! Oh, encinar y desfile de guerra que estáis empapados de la sangre que yo vertí, de la sangre de mi padre que era la mía propia!, ¿recordáis qué hice allí; qué, al llegar hasta aquí, hice?

Oh, himeneo, himeneo! Tú me diste la vida y de mí mismo la diste tú, luego, a otros, haciendo de padres, hijos y hermanos la más horrenda mezcla; y también de doncellas, esposas, y madres hiciste cuantas abominaciones son posibles en el género humano. Y puesto que no está permitido hablar de lo que prohibido está hacer, escondedme, cuanto antes, por los dioses!, escondedme en alguna parte lejos de aquí o dadme ya la muerte o arrojadme al fondo del mar donde jamás podréis verme. Por favor, dignaos tocar a este hombre desdichado; por piedad, no me tengáis miedo que males como estos míos nadie sino yo habré de soportarlos!

CORIFEO.. Muy a tiempo ha llegado aquí Creonte, que, en faltando tú, nadie sino él será el único soberano de esta tierra. El responderá a tus súplicas y te dará consejo y ayuda.

EDIPO.... Desdichado de mí! ¿Qué podré contestarle a este hombre? ¿Qué derecho tengo a pedirle ayuda cuando tan injusto fui con él?

(LLEGA CREONTE CON ACOMPAÑAMIENTO)

CREONTE..No Vengo Edipo, a llenarte de insultos en tu desgracia, ni tampoco a reprocharte pasadas indiscreciones. (A LOS ACOMPAÑANTES DE EDIPO) Vosotros, si no respetáis siquiera los ojos de los hombres, cubrid al menos por respeto a la luz del sol, que todo lo vivifica, esa fea mancha, y no la tengáis al descubierto, que ni la lluvia, la tierra ni la luz del cielo la pueden soportar.

Llévadle sin tardanza a palacio que la piedad nos dice que los males de familia no han de verse ni oírse sino en el seno familiar.

EDIPO.... Por los dioses!, tú que de tan inesperada forma disipas mis recelos, mostrándote amable para conmigo que soy detestable, concédeme una gracia, por tu bien te lo pido que no por mi interés.

CREONTE... ¿Cuál es el favor que ansías de mí obtener?

EDIPO.... Arrójame cuanto antes de esta tierra adonde mortal alguna pueda hablarme.

CREONTE... Así lo habría hecho ya, Edipo, no lo dudes; pero he creído mejor preguntar primero al dios qué debo hacer.

- EDIPO.... Bien expresó ya el dios su voluntad: acabar con el parricida, con el impuro, conmigo.
- CREONTE... En verdad que así dijo. De todos modos, en trance tan apurado, mejor es consultar lo que se debe hacer.
- EDIPO.... Pero ¿en verdad que haréis consultas en favor de un ser tan desdichado?
- CREONTE... Así tú mismo darás crédito a la respuesta del dios.
- EDIPO.... Si. Acoge, mientras tanto, mis ruegos y mi voluntad postrera. A la que en palacio yace muerta dale entierro como tu amor te inspire, que tú sabrás, mejor que nadie, atender a las honras de los tuyos.
En cuanto a mí, que jamás mi patria se vea condenada a tenerme encerrado entre sus maros; dejadme vivir en los montes, en el propio Citerón de Edipo, señalado sepulcro para mí por mis padres: acaben conmigo una vez muertos los que allí lo intentan vivos. Bien sé yo que ni las enfermedades ni males algunos han de acabar conmigo, que no habría escapado de las garras de la muerte sinofuera para mal sin ejemplo. Ruede mi suerte como ella misma guste. No te preocupes, Creonte, por mis hijos mayores. Hombres son y allá donde vayan no les han de faltar modos de vida.
- (CREONTE HACE UNA SEÑAL Y SALE UN PAJE POR LA IZQUIERDA)
- Pero a las dos pobres hijas mías que jamás llevaron su pan a la boca sin tenerme a su lado; a ellas que participaban de todo cuantos bocados gustaba yo, su padre; a éstas sí, cuidámelas con amor. Permite que llegue hasta ellas y las abrace, y sobre ellas lllore mis males todos. Sí, príncipe, noble por tu sangre, yo te lo pido, otórgamelo; que si llego a estrecharlas con mis brazos he de creer que aún son mías, como antes que las vefa con mis ojos.
- (ENTRAN LLORANDO Y ACOMPAÑADAS POR UN PAJE LAS DOS NIÑAS, HIJAS DE EDIPO)
- ¿Qué es esto? Por los dioses! ¿No son ellas, mis dos hijas, las que oigo llorar? ¿No se ha compadecido de mí Creonte y me ha traído a las dos, los más queridos de mis hijos? ¿No es cierto?
- CREONTE... Cierto, sí. Yo soy quien te las ha traído. Porque sé lo que antes en ellas te gozabas juzgo lo que te deben ahora consolar.
- EDIPO.... Sé bendito tú, por tanta delicadeza! Y que el cielo sea contigo más benigno que conmigo.
¿En dónde estáis, hijas mías? Venid, venid a estas manos de las vuestras hermanas; a ellas débeis, hijas, ver como lo veis ahora los antes radiantes ojos de vuestro padre; padre que sin saberlo y sin sospecharlo os ha sacado de donde él mismo salió. Y pues no puedo ya contemplar vuestros rostros, lloro al contemplar la vida que ha de daros los hombres. ¿A qué reuniones ciudadanas podréis asistir?, ¿a qué fiestas que no hayáis de regresar llorando al veros excluidas del espectáculo? Y cuando estéis ya en tiempo de casaros, ¿quién, hijas mías, quién será el hombre que no tenga vergüenza de cargar sobre sí las feas inculpaciones con que todos deshonrarán vuestro nombre y el de mis padres? ¿No se han juntado así todos los males?

EDIPO (cont) Vuestro padre mató a su padre; con la que a él le engendró llegó a casarse; y a vosotras os tuvo de donde él mismo salió. Todo esto han de echarnos en cara y ¿quién se atreverá a pedir vuestra mano?

Nadie, hijas mías, nadie. Huérfanas, abandonadas irremediablemente, os veréis obligadas a vivir una vida miserable.

Pero tú, Creonte, hijo de Meneceo, tú que eres ya el único padre que les queda - puesto que yo y su madre, ambos estamos ya sin vida - no permitas que éstas tus sobrinas anden errantes y sin casa, sin marido por el mundo, vagabundas, ni las midas con la misma medida que mis desventuras. Al verlas así, abandonadas, compadécete de ellas y bríndales tu apoyo. Promételo, noble Creonte, y en prueba de ello estrecha mi diestra con tu diestra. (LO HACEN)

A vosotras, mis hijas, cuántas cosas os dijera si tuvierais ya edad; que vuestras oraciones sean éstas: que el cielo os conceda vivir moderadamente y gozar de más feliz suerte que el padre que os engendró.

CREONTE.. Basta ya de lamentos, Edipo. Entrad en palacio.

EDIPO.... Tendré que obedecer aunque sea doloroso.

CREONTE.. Las cosas son buenas cuando están en su punto.

EDIPO.... ¿Sabes con qué condición te obedezco?

CREONTE... Si me la dices, la sabré.

EDIPO.... Que me arrojes bien lejos de la patria.

CREONTE... Al dios le toca eso, que no a mí.

EDIPO.... Ya ellos me declaran su enemigo.

CREONTE... Entonces tendrás pronto lo que pides.

EDIPO..... ¿Así me lo prometes?

CREONTE... Aquello que no pienso no me gusta decirlo inútilmente!

EDIPO... Sácame, pues, ya de aquí.

CREONTE... Camina, y a tus hijas deja ya de una vez!

EDIPO... Oh! No, no. No me apartes de éstas!

CREONTE... No te empeñes en mandar en todo. Ni siquiera aquello en que mandabas te ha obedecido de por vida.

(EDIPO ENTRA EN EL PALACIO. LAS NIÑAS DETRAS DE EL. LUEGO SE DISPERSA LA GENTE. CREONTE ENTRA EL ULTIMO. QUEDA SOLO EL CORO Y EL CORIFEO)

CORIFEO.... Cuidadanos de nuestra patria Tebas: El ejemplo de Edipo contemplad: él resolvía las misteriosas adivinanzas, 'el estaba en la cima del poder y no había quien no mirase con envidia su prosperidad y venturas. Y ahora, ved en qué abismos le ha hundido la desgracia.

No digáis de mortal alguno que espere aún el último día de su vida que es feliz; esperad hasta que haya cruzado el umbral de la muerte sin caer en desventura alguna.

(LENTAMENTE SALEN EL CORO Y EL CORIFEO CON LAS EVOLUCIONES NORMALES EN EL EXODO)

FIN